

llos miserables. Marsilly escribió cartas y mas cartas al comisario del barrio, al juez de instruccion, y al procurador general. Pero sin duda no vieron en aquel incidente mas que una querrela, acaso provocada por el tono agresivo y por las insultantes altanerías de Marsilly; el caso fué que no se prestó atención á su querrela, lo que le confirmó en la peregrina idea de que el procurador general le había hecho tender aquel lazo.

El 1.º de Diciembre, la pobre Ana entregó á Dios su jóven alma, tan triste y tan inútilmente agitada. Marsilly había podido conseguir que lo llevaran á verla la mañana del día de su muerte; pero á pesar de sus calurosas súplicas no logró poderle cerrar los ojos. Habla pedido este último favor al señor Laurence, quien se lo negó. Un sacerdote fué á asistir á la pobre Ana, y se llevaron á Marsilly que exhalaba fuertes gemidos de dolor. Aquella desgarradora escena había enternecido á los enfermeros, hasta á los mismos gendarmes. «Coronel, dijo uno de ellos, enjugándose una lágrima furtiva, permaneced aquí; nosotros sufriremos las consecuencias.»

Ana hizo con su pequeña y descarnada mano una señal negativa á aquel buen hombre, pues no quería que su indulgencia le comprometiera. Atrajo por última vez hácia sí á su marido, y con voz tan débil que apenas pudo oírle, le dijo: «¡Adios, amigo mio; ya no nos volveremos á ver aquí, sino en otra parte!»

Es curiosísima la última carta escrita por aquella infortunada el 30 de Noviembre, víspera de su fallecimiento. Dice así:

«Mi querido amigo:

«Ayer escribí una carta al señor de Laurence, como te había dicho.

«Mañana vendrás á verme, pero será la última vez. Todo ha concluido; por todo el día del martes, lo más tarde, habré muerto. ¡Pero aún te veré mañana! ¡Oh, estoy contenta! Si te hubiesen dejado estar junto á mí hasta mi muerte, habría sido demasiado feliz. Si ya no pudiera hablar cuando vengas, nos comprenderemos por señas. He añadido un artículo á lo que ya había escrito, te lo envío con las copias de mis cartas. Habrá que comprar un crucifijo de quince sueldos, ni más ni menos, y que ponérmelo al cuello con la cinta negra que te servía para el re-

loj. Harás que se venda todo lo que tengo aquí, y darás mis pistolas al señor Moneuse. Deseo ser enterada con mi cofia y la sábana que al objeto he escogido. Me darás mucho gusto si tú mismo me colocas en la caja. Dispondrás que inscriban en mi tumba, debajo de una cruz, la fecha de mi muerte y estas líneas:

»ANA DE MARSILLY, DE 23 AÑOS. *Soy francesa; siempre he estado serena en medio de las bombas y de las balas de cañon. No temo ni á la verdad ni á la muerte. Los miserables que me han asesinado negándose á hacer justicia á mi marido, no pueden decir lo mismo.*

»El tribunal de casacion anulará esta cobarde sentencia, pero entonces ya estaré en la tierra.

»Cuando puedas, sin ningun inconveniente, exhumarás mi cadáver para trasladar mis restos á Francia. Si puedes me mandarás á decir todos los años una misa el aniversario de mi muerte, y asistirás á ella solo, á menos que vayas con mi madre ó la tuya, tus tias ó tu hermano. Aquí tienes algunas líneas para mi pobre madre; no tengo fuerzas para hablar de ella; mañana hablaremos de ella un poco.

»Cuando tengas nuestro equipaje, te mandarás arreglar para tí mi sombrero de plumas; si mi plumero no te puede servir, lo quemarás. Nunca te deshagas de mi sable; ya sabes que tiene una hoja excelente. Cuida del saco que te bordé con lana y que contiene el juego de ajedrez.

»Te recomiendo encarecidamente mis libros de oraciones; los darás á nuestros padres ó á otras personas devotas. Ten mucho cuidado de nuestros libros, de nuestra coleccion de cartas, de mi gramática italiana y de mis notas; todo esto está en el paquete azul, junto con lo que he recogido sobre Munich, Francfort, el carácter de los polacos y el de los belgas, y con lo que he escrito sobre el bravo general Belliard y la corte de Leopoldo.

»En el doblez de mis botas de montar están mis notas sobre don Miguel, don Pedro, Solignac y Bourmont, escritas en cifras con la clave número uno, seccion B. Todo lo demás debe ser vendido ó quemado.

»No descuides tus intereses personales; hay que pulverizar esta maldita condena, y perseguir á todo trance á Hautefenille, Lecocq, Mourg, los tres quimicos y Laurence.

»Este último me ha prestado algunos servicios permitiéndome verte; solo por esto le perdonaría todo lo demás, si la necesidad y la razon no te impulsieran, como el mas riguroso de todos tus deberes, el de desenmascarar á todos esos miserables; por lo demás, no les guardo ningun rencor: ¡el odio y la cólera se debilitan singularmente al borde del sepulcro!

»No sufriría ninguna contrariedad si te dejase feliz y desembarazado de las calumnias de la acusacion. Voy á verme fuera del alcance del mundo y mucho mas tranquila que todas esas gentes.

»A tí te quedan todavía largos años de vida: prueba la dureza de tus uñas. En cualquier posicion en que te halles, protege siempre á los desgraciados. ¡Adios! Desearía verte ahora, abrazarte y morir. Hasta mañana, hasta mañana, para mucho tiempo, pero no para siempre, pues nos volveremos á encontrar. ¡Mas vamos á caminar separados! ¡Adios!... Que duermas bien. Estoy muy débil, pero no me moriré esta noche: ¡está tranquilo! ¡Hasta mañana!

»ANA DE MARSILLY.»

Despues de la primera explosion de su dolor, Marsilly volvió muy pronto á sus hábitos batalladores, y escribió al señor Laurence esta singular esquela:

«A las siete de la mañana del 2 de Diciembre.

»Señor:

»Desde ayer por la tarde la señora de Marsilly no ofrecía ya esperanzas de vida; tenía grandísimo deseo de que yo mismo colocase su cuerpo en el ataúd que se había mandado preparar. *Los enemigos suspenden en el campo de batalla el furor de los combatientes para dar tiempo de enterrar á los muertos*. ¡Que á lo menos pueda yo cumplir con mi desgraciada esposa este triste y doloroso deber!

L. DE MARSILLY.»

Como el procurador general ni veía allí ni enemigo, ni armisticio, sino un condenado á seis años de reclusion, no accedió á la demanda. Esta negativa exasperó á Marsilly, que desde entonces vivió en un estado de continua irritacion. El carcelero, á quien sin duda no había escaseado los epítetos insultantes, no le quiso conceder una mesa, y le quitó una pequeña tabla que se había arreglado en forma

de pupitre. Marsilly luchó para conservarla; el carcelero llamó á diez guardias, que sujetaron á Marsilly, y lo llevaron á un calabozo húmedo en el que apenas penetraba la luz. No por eso dejó de escribir numerosas cartas. Se asomaba á la reja, y gritaba tanto diciendo que estaba enfermo, que un médico se hizo abrir la puerta del calabozo, y en efecto, observó que tenía una fiebre intensa. Logró que le dieran un pase para el hospital; pero como había concitado contra sí tantas enemistades y excitado tantos temores, se le negó el ser asistido fuera de su calabozo. Sangrado dos veces, y bárbaramente retenido en aquella húmeda fosa, escribió al conde de Erlon, lo que, sabido por los carceleros, le valió ser registrado y que le quitaran sus plumas, su tintero, su cuchillo y su cortaplumas.

El 23 de Diciembre le llevaron un compañero. Era un negro de hercúlea estatura, acusado de haber asesinado y descuartizado á su mujer y á su hijo. Menester es confesar que había cierta crueldad en imponer semejante compañía á un hombre condenado por haber alterado algunas monedas. Marsilly no dejó de ver un nuevo lazo en aquella compañía que se le daba. Como el negro no pasaba en el calabozo mas que las noches, Marsilly se habituó á dormir de día y á pasearse de noche, é hizo bien en estar en guardia contra aquella bestia feroz. El 28 de Diciembre, á eso de las cuatro de la madrugada, rendido de fatiga, de sueño y de frio, se apoyó contra la pared, de pié, envuelto en su capote, y acababa de cerrar los ojos cuando de pronto se sintió cogido por el cuello. Era el negro que quería estrangularlo haciendo el torniquete con su corbata, y que le mordía como un perro rabioso. Marsilly, que tenía cogidas las manos bajo el capote, apenas pudo desembarazarse de aquel terrible adversario; logró al fin, cogió al negro por las caderas, lo levantó y lo golpeó contra el espaldar de la cama. El negro cayó rodando, dando un grito, y quedó inmóvil. Sin embargo, Marsilly cogió la piedra que le servía de almohada y golpeó con ella á su agresor. Acudió el carcelero al ruido, y despues de frotar al negro con espíritu de vino, cuando hubo recobrado el conocimiento, libró á Marsilly de tan incómodo y sospechoso camarada.

La intervencion del gobernador general puso tér-

mino á aquellos inútiles rigores. El 3 de Enero de 1835, Marsilly fué llevado al hospital del Dey, y se le permitió bañarse y pasearse.

Esperaba el resultado de su recurso de casacion, cuando se le previno que se dispusiese á partir para Francia. La corbeta mercante *La Caravane* se hallaba en rada, y debía conducir á Marsilly, el correo y á algunos prisioneros reclamados por los tribunales franceses.

Se quiso atar á Marsilly para trasladarlo del hospital del Dey al puerto; pero su resistencia fué tal, que hubo que renunciar á ello, haciendo el trayecto suelto y á pié. Llegado á bordo de la corbeta, el capitán de armas quiso hacerle bajar hasta el fondo de la bodega y ponerle grillos; pero el teniente de navío Lachaise, que mandaba *La Caravane*, se contentó con darle un camarote y con ponerle dos guardias á la puerta.

Retenida algun tiempo en la rada de Mers-el-kebir por una de esas espantosas tempestades que la primavera desencadena en aquellos mares, *La Caravane* no llegó á Marsella hasta el 24 de Febrero, y al desembarcar supo Marsilly que había sido casada la sentencia del tribunal de Argel, y que por resolución del de casacion debía comparecer ante el de *Assises* de Aix, para cuya ciudad partió, llegando á ella el 6 de Marzo de 1835.

En Aix Marsilly fué tratado con mas consideracion. El procurador general, Sr. Borelli, lo consideraba mas bien como á un espíritu enfermo que como á un criminal. Marsilly se comunicó con él por escrito, pero guardando todo el respeto debido. Su bilis no se excitaba sino cuando hablaba del Africa francesa y de su criminal justicia. En cuanto á fanfarroñadas, no podía abstenerse por completo. Llegó su equipaje y en él encontró sus armas, las que reunió cuidadosamente en un paquete, y como su causa se había de ver el 18 de Mayo, lo dirigió al actuario con una etiqueta que decía: «Armas del teniente coronel de Marsilly, que entró en la cárcel de Aix el 6 de Marzo, y fué absuelto por el jurado el 13 de Mayo de 1835, de las ocho á las diez de la noche.»

El presidente del tribunal, señor Olivier, le reprendió por esta jactancia: «¿Sabeis siquiera, le dijo, cómo serán clasificados los procesos? El vuestro es

demasiado claro para que conteis con la absolucion. —No parece que sea tan claro como decís, porque no lo comprendéis. Entre tanto, os pido autorizacion para que un carpintero coloque á mi costa una mesa delante del sitio que yo ocuparé en la audiencia, y para que mi criado pueda acompañarme á fin de que me lleve lo que necesite para estar sentado cómodamente y de que vaya por lo que me sea menester. Sabeis que me defiendo por mí mismo, y tengo que clasificar mas de trescientas piezas.—No tendreis ni mesa ni asiento; estareis como todo el mundo. Para algo hay un presidente en los *Assises*; solo él dicta órdenes. Hace veintidos años que presido, y sabré reduciros á la razon. Por lo demas, yo no obro sino con la ley en la mano, y voy á probároslo. Señor conserje, dadme vuestro Código.—Si teneis autoridad en los *Assises*, el acusado tiene tambien derechos que no se pueden pisotear impunemente. Tendré en la audiencia lo que necesite, y para ello voy á escribir inmediatamente al ministro de Justicia. No he de esperar á que se os dé el Código; si no he traído el mio, ha sido por pura cortesía; temía, al abrirlo, tropezar con varios artículos cuyas disposiciones habeis violado ya en lo que me concierne. Adios, señor presidente.»

El 18 de Mayo de 1835 se abrió la primera audiencia ante una multitud de curiosos tal como de ordinario no se reúne en Aix en los *Assises*. Todas las miradas se fijaban con avidez en el aventurero, vestido con su lujoso uniforme de teniente coronel, que tan estrepitosamente empeñaba un duelo con la justicia. Había pedido al ministro del ramo, y obtenido de él, autorizacion para mandar colocar una mesa en el banco de los acusados. Mientras arreglaba sus papeles, un sub-intendente militar, el señor Dutrochet, que lo había conocido en otro tiempo, se acercó á él con lágrimas en los ojos, y dándole la mano le dijo: «¿Cómo es posible que os haya vuelto á ver aquí?»

El acta de acusacion reprodujo los hechos ya conocidos. Se pasó á oír á los testigos.

Los señores *Valleé, Plácido, y Dutruan* declararon como en Argel; pero el primero insistió sobre el hecho de que el acusado había comprado por veintiocho sueldos y no por ocho.—El acusado recordó las con-

tradiciones de las declaraciones de Lecocq, Mourg y Simonet, y se indignó porque no se le hubiera permitido citar á estos dos últimos. Indicó y probó la existencia de dos actas en las que constaba la entrega de las monedas á los químicos, ambas de la misma fecha, pero solo una firmada por él. Este último hecho, victoriosamente probado, sorprendió al tribunal y dispuso favorablemente al jurado.

Concedióse la palabra al ministerio público, y dijo:

El señor abogado general, señor Marquesi.—«Señores: si una familia excelente, si la fortuna y grandes cualidades deben alcanzar de vosotros gracia, el acusado puede, bajo todos conceptos, contar con vuestra indulgencia; su abuelo materno, el señor Laurendeau, fué el primer abogado de Poitiers, cuya celebridad conoceis; sus mas próximos parientes han ocupado y ocupan todavía los más altos empleos. Pero si el que con tantas ventajas ha abandonado la senda trazada por sus antepasados y por el honor merece un justo y severo castigo, el hombre que teneis delante debe esperar toda vuestra severidad, porque fué mal hijo, mal ciudadano y mal soldado. Ha cometido un crimen que, há poco tiempo, habría hecho rodar su cabeza, y que la indulgencia del legislador no castiga ya sino con galeras perpétuas.»

«Hemos hecho reunir minuciosos informes sobre el acusado, y ved lo que hemos descubierto:

«Su padre es uno de los hombres más respetables; es alcalde de la poblacion en que vive, presidente del comité agrícola del canton de Saint-Savin, y tiene una fortuna de seiscientos á setecientos mil francos en bienes raíces.»

«Desde la más tierna infancia, la inteligencia del acusado, su fuerza física y sus desarregladas pasiones, hicieron temer por su porvenir. Ingresó en la escuela militar de Saint-Savin en 1812, y militó en el ejército francés hasta despues de 1821, en cuyo tiempo era capitán. Obtuvo despues el grado de teniente coronel al servicio del extranjero. En las diferentes temporadas que pasó en casa de su padre, cometió excesos que motivaron su expulsion de la misma, haciendo ya mucho tiempo que está abandonado de toda su familia.»

«Hace poco que en España detuvo en el campo á

dos infelices arrieros, y amenazándoles con hacerles apalear por sus criados, les quitó todo su equipaje. Despues se le vió violentar las puertas de una casa, entrar en ella como dueño y robar todo lo que se pudo llevar.»

«Señores: en presencia de tales hechos, ¿necesitamos buscar pruebas y argumentos? No lo creemos. Marsilly iba de una á otra tienda, compraba objetos de escaso valor, y daba para pagar monedas de cinco francos alteradas, á pesar de llevar en el bolsillo otras monedas más pequeñas; evidentemente su objeto era cambiar sus monedas de cinco francos para realizar su valor y obtener el beneficio de la porcion de plata que les había quitado. Es imposible objetar nada á esta prueba; para nosotros el hecho es evidente, y lo mismo lo será para vosotros.»

«Varios testigos han declarado que el acusado cuidaba de presentar la moneda sobre el mostrador de las tiendas de manera que la parte alterada quedase debajo. Así, señores, el acusado no podrá decirnos: «He dado las monedas como las he recibido, sin saber si estaban alteradas ó no. Las monedas que se le encontraron y las precauciones que tomaba para expender las piezas de cinco francos son pruebas irrecusables.»

Marsilly resolvió defenderse por sí mismo, y usó de la palabra en estos términos:

«Señores jurados: si la calumnia, el crimen y la persecucion mas bárbara hubieran de prevalecer en este recinto, yo no debería abrigar ninguna esperanza; pero si la justicia y la verdad son la base de vuestras decisiones, no debo tener temor alguno; y, os lo declaro, nunca he tenido mas confianza ni mas seguridad.»

«Se me acusa de un gran crimen, y en lugar de discutir friamente las pruebas que se pretende haber reunido contra mí, se vá á buscar en mi vida pasada hechos con los que se trata de excitar vuestra sensibilidad y vuestra indignacion, para anonadar al hombre que todavía permanece erguido ante la condena á galeras perpétuas. ¡Pues bien! acepto el combate donde quiera que se me ofrezca; entremos, pues, en la lid.»

«Decís que he sido un mal hijo, un mal ciudadano, y un mal soldado... ¡Mal soldado!... No me

duelo de este epíteto, no me ofende; tengo el derecho de despreciarlo y de no contestar á él.

«¡Mal ciudadano!... Soy oficial francés desde hace mas de veinte años; en una época en que ya no figuraba en las filas del ejército, fui elegido en mi país para ser jefe de la guardia nacional.»

Y presentó numerosos certificados, fechados de 1830 á 1833, de los que tan fácilmente se obtenían en aquella época.

El mayor de los húsares de Chantres, el coronel Bory de Saint-Vincent, el mayor Carel, comandante del Louvre, el general Pajol y el señor Alejandro de Saborde, eran quienes daban testimonio de los buenos servicios, del vigor, del patriotismo y de las capacidades de Marsilly. Esto en 1830. En 1833 certificaban de su buena conducta el burgomaestre de Ostende y el comandante del vapor inglés *Britannia*, ambos á las órdenes de Marsilly.

«¡Mal hijo!... ¡Echado de la casa en que vi la luz, rechazado de toda mi familia!...»

Marsilly presentó cartas con las que pretendió probar que sus padres le habían conservado su cariño. Hizo resaltar el error de la acusacion que suponía en España y en un orden de cosas normal, el hecho de guerra del camino de Golgan, en Portugal, hecho que desnaturalizado de aquel modo tomaba las apariencias de un crimen. Puso de relieve con apasionada habilidad, la irregularidad de la instruccion del proceso en Argel, los errores del procedimiento, la existencia simultánea de dos actas que se contradecían, las aserciones y las cifras contradictorias de los peritos, evidentemente incompetentes en química. No dejó de dirigir, como era de esperar, contra el procurador del rey, señor Hautefenille, contra el procurador general Laurence, contra los gendarmes y contra los cónsules, las mas virulentas acusaciones. Entró en tales divagaciones que el presidente quiso llamarlo á la cuestion, pero el público y el jurado murmuraron y pidieron que se dejara plena libertad á la defensa.

Marsilly triunfaba, y dos dias estuvo hablando sobre el sin número de documentos que tenía amontonados en su mesa. Pero el ministerio público tenía tambien otros documentos con los que trató de probar la indignidad del acusado.

El señor Marqueti.—El primer documento, cuyo firmante no nombraré, contiene....

El acusado.—No podeis argumentar fundándoos en un documento anónimo, y es anónimo en tanto no sea conocida la firma.

El señor abogado general.—No debo comprometer á nadie y no puedo nombrar al que lo suscribe.

El acusado.—Entonces presento conclusiones.

El tribunal, despues de haber deliberado, resolvió que el abogado general pudiera citar el contenido del documento que tenia en su poder sin dar á conocer el nombre del firmante.

El señor abogado general.—Señores: el documento en cuestion dice que el acusado ha tenido una juventud muy borrascosa y que se ha conducido mal con su familia, por lo cual fué acusado de haber cometido un robo con fractura.

El acusado.—¡Mentis!

El señor Presidente.—No interrumpais al abogado general.

El señor abogado general.—Nos veremos precisados á proponer conclusiones contra el acusado si continúa.

El acusado.—No temo vuestras conclusiones y rechazo con todas mis fuerzas vuestras calumnias. Si teneis reproche que hacerme, atacadme ante los tribunales competentes; pero jamás sufriré, en tanto me quede una gota de sangre en las venas, que de ese modo se inventen mentiras que no puedo combatir, porque en su apoyo no se presenta ninguna prueba, ningun documento que pueda ser examinado.

El señor abogado general.—El segundo documento es de un diputado.

El acusado.—¿Quién lo firma?

El señor abogado general.—Nadie.

El acusado.—Entonces, ¿cómo sabeis de quién es?

El señor abogado general.—Consta escrito el nombre del diputado.

El acusado.—Pues bien, ese escrito debe ser de Martineau; leedlo.

El señor abogado general.—Si, es verdad; voy á leerlo.

«Martineau, diputado por La Vienne, tiene el honor de saludar al señor Pataille, su honorable colega, y le ruega socorra á una familia en la persona

del miembro de la misma que ha debido ser su gloria.

«Pertenece á una de las familias más respetables del Poitou; sus abuelos pertenecieron á la magistratura; su abuelo materno, el señor Laurendeau, fué el primer abogado del Poitou.

«Llábase Fournet de Marsilly, es originario de Maillé, distrito de Montmorillon (Vienne). Su padre tiene cuatro hijos y una fortuna de unos 500,000 francos.

«El hijo sirvió en la guardia real y fué capitán, y luego mayor al servicio de don Pedro. Estaba destinado á ocupar un puesto importante en la sociedad; pero fuertes pasiones lo han extraviado. No quiero hacer su apología porque no lo merece. Su familia es digna del mayor interés.

«Su padre es amigo mio de la infancia, y goza de estimacion general en el país.»

El acusado.—Si Martineau hubiera escrito para recomendarme, no habria sido tan estúpido para escribir semejante rapsodia, porque cuando se escribe en favor de alguien porque sé es amigo de la familia, no se trata de perjudicarlo. No hay, pues, duda alguna; ese documento es una nueva invencion del ministerio público.

Sorprenderán hoy estas insolencias, pero en aquella época era lo mas corriente que un acusado insultase á sus jueces. Marsilly hizo gustoso lo que tantos, y pudo dirigir á los jurados esta alocucion de dudoso gusto, complacientemente acogida por el jurado y por el público, pacientemente sufrida por los magistrados.

«Se os ha hablado del símbolo de Themis, de conciencia y de balanza de oro. El ministerio público ha probado que Themis no le ha prestado su balanza de oro, que no tiene á su disposicion sino una de cobre enmohecido, en cuyos platillos no pondrá vuestras conciencias porque se envenenarian. Permanecereis firmes é inflexibles, y la influencia de los hombres del poder no destruirá en vosotros la impresion producida por la manifestacion de la verdad.»

Solamente en un momento apareció un sentimiento verdadero en medio de todas aquellas argucias. Su voz se dulcificó, y sus ojos se humedecieron. Refería la muerte de su esposa, y pintaba á aquellos gendarmes arrancándole del lado de su Ana agonizante:

«Fué menester alejarme, y veinte veces aquella mano tan bella otro tiempo, entonces ya con los síntomas de la muerte, me hizo conocer sus votos antes de que yo saliese del hospital donde dejaba todas mis esperanzas!!! ¡Y osais hablar de humanidad! Señores: he encontrado en el ministerio público un alma no de hierro, porque el hierro aún tiene elasticidad; en él he visto siempre el crimen sepultado en el lodo... Pero aún no lo sabeis todo; nunca comprendereis lo que yo he sufrido, lo que todavía sufro. Tengo aquí una llaga profunda que no se cerrará jamás, una úlcera permanente, en la que caen ardorosas lágrimas... ¡Yo no pude dar mi último adiós á mi desgraciada esposa! ¡Me vi arrancado de aquel lugar de desesperacion por órden de quien no era *funcionario público!*

«Señores: la muerte se había apoderado de la señora de Marsilly; sentía ésa, y yo veía la última sacudida, la separacion del alma y del cuerpo. ¡Algunos minutos más, y aquella mujer de sentimientos tan elevados, aquella mujer tan sensible, tan enérgica, tan generosa no sería ya sino un cadáver! ¿Por qué haberme privado de ver sus últimos momentos? ¿Por qué haberle quitado su postrer consuelo? ¿Qué necesidad de hacer tanto mal? ¡Qué larga fué la noche que siguió á mi vuelta á la prision! ¡Cuánto sufrí!... ¡Y por la mañana se me denegó el rendir el último homenaje á un cuerpo inanimado!

«¡Ah, Dios mio, me parece que fué ayer cuando pasó todo esto... que es hoy... que es en este momento... que es siempre! Todo acabó; mi cabeza quedó abrumada bajo un peso enorme... Busco la mano que desde el cielo se me tiende; ¡verla, cogerla, será mi único postrer consuelo!»

El jurado pronunció un veredicto de inculpabilidad, y Marsilly fué absuelto en medio de frenéticos aplausos del público; pero sus admiradores no pudieron llevarlo en triunfo, pues se vió retenido por otra causa. Se hablaba ya de echar á los gendarmes y á los jueces por las ventanas, cuando el acusado dijo:

«Señores: me habeis demostrado demasiado interés para que dude un solo momento de la pureza de vuestras intenciones; me causaríais grandísimo daño usando de violencia respecto á los gendarmes; dejad que el ministerio público cometa una nueva injusticia. Hace un año que estoy preso; unos dias más no

cambiarán mi situación. Mis males no pueden tener remedio ni hay manera de aumentarlos. Vuelvo tranquilo á la cárcel; muy pronto estaré libre. ¡Vamos, señores gendarmes, seguidme, y no temais ningun insulto; el público sabe muy bien que no sois responsables de la nueva injusticia que se comete conmigo!»

Llevado á la cárcel, Marsilly se detuvo en las gradas, y recomendando silencio con un gesto, dijo á la multitud:

«Buena poblacion de Aix: Nunca olvidaré lo que »habeis hecho por mí; éste era el único consuelo que »yo podía esperar. Mis sufrimientos son interminables; me separo de una tumba para ir á encontrar »otra en mi familia; así, pues, se ha desvanecido toda »esperanza de felicidad; pero si el azar quisiera »que yo fuese útil á mi país ó á vosotros, *el mal soldado* »tendría todavía sangre en las venas, y sería el »más hermoso día de su vida aquel en que, defendiendo su patria y la justicia, una bala de cañon le »arrancara la cabeza.»

Cuando el tribunal de Assises de las Bouches-du-Rhone pronunció su absolucion, supo Marsilly que se hallaba retenido por otra causa, reclamado por un juez instructor de Paris, por falsificacion de escritura de comercio, cometida durante su estancia en la capital. Cuando al dia siguiente el ujier Rodan se presentó para comprenderlo en la partida de registro de los pasajeros destinados á Paris por los barcos del Ródano, Marsilly le prodigó epítetos injuriosos, y le dió un bofetón. Lo cual le obligó á comparecer antes de ir á Paris, ante el tribunal de policia correccional de Aix, en el que fué condenado á 25 francos de multa. Apeló y fué absuelto.

Habiendo llegado á Paris el 15 de Julio, Marsilly fué puesto en libertad por una providencia de no há lugar. Dedicóse entonces á reclamar en los ministerios: en uno pedía sueldos atrasados de cuando fué voluntario parisiense; en otro justicia contra los tribunales de Argelia, y que se le restituyeran los efectos embargados; y en el de Negocios Extranjeros que se reclamase á España para que le indemnizara de las pérdidas que allí había sufrido. No fueron atendidas sus reclamaciones; pero un dia tropezó en los pasillos del ministerio de Negocios Extranjeros con el

cónsul que había dado la nota contra él, lo llamó á parte, lo insultó y le escupió al rostro.

Todas sus valentias terminaron de la manera más trivial, con la aparicion de un guardia de comercio, cuyos satélites, escrupulosamente escogidos entre los héroes del empleo, eran capaces por su estatura de discutir con Marsilly. Sus antiguos acreedores de 1824 y 1826 se encargaron de alojarlo y de mantenerlo, haciéndole sufrir por deudas el completo de la prision de cuatro años, que la ley de 17 de Abril de 1832 imponía al deudor de una cantidad inferior á 5,000 francos. Marsilly fué encerrado en Clichy, donde permaneció los cinco meses que él calculaba le faltaban; al cabo de ellos no recobró la libertad como esperaba, pues no debía aplicársele la ley vigente entonces, de 1832, sino la de 10 de Germinal del año VI, pues sus deudas eran anteriores á 1826. Apeló, pero no consiguió la libertad.

El 1.º de Marzo de 1838 acusó ante la sexta cámara del tribunal correccional al señor Depreux, director de la casa de detencion por deudas, por exacciones y abuso de autoridad, y se querelló de sus acreedores el conde de Leon y los señores Suan de Varennes, Chaltas y Champon, porque, segun decia, le habían injuriado y calumniado. Pedía además 10,000 francos por indemnizacion de perjuicios; pero el tribunal desatendió su demanda.

A esta siguieron otras muchas reclamaciones de Marsilly, que no se daba nunca por vencido, aunque nada alcanzase, hasta que causados de mantenerlo sus acreedores lo dejaron en libertad.

Al salir de la prision encontró á un compatriota llamado Riffaneau, quien había sido absuelto en una causa por robo de caballos en Poitiers. Este Riffaneau había establecido en Paris, de concierto con un tal Beaudran, una casa de comision sospechosa, á la cual se encargó Marsilly de proporcionar valores negociables. Hizo una cantidad enorme de pagarés y de letras de cambio libradas por insolventes, cuyos endosos hacia un ternerero. Riffaneau viajaba por la Tauraine, donde hacia compras y pagaba con aquellos valores. Este negocio duró poco. El 10 de Julio de 1840, Marsilly y Riffaneau hubieron de comparecer por su causa ante el tribunal de Assises del Seine, donde el primero se presentó con su

habitual descaro y osadía, y vistiendo con gran lujo.

Su defensa fué verdaderamente original. «Pues bien, sí, dijo, es verdad; las firmas de estas letras de cambio son imaginarias ó no ofrecen ninguna garantía; tambien son imaginarios los puntos desde que aparecen libradas; pero yo no engañaba á los que me las descontaban y me las tomaban al 40 por 100.» Y luego añadía: «Por el precio á que me descontaban estos valores ficticios los que los tomaban debían correr grandes riesgos; pero la operacion que yo hacia era perfectamente legal. Los señores Laffitte y Rothschild no obrarian de otro modo. Si el señor Laffitte necesitara dos ó tres millones, haría en su despacho letras libradas de Lóndres por uno de sus correspondientes y las negociaría.»

El señor Presidente.—Pero todos esos hechos que confesais constituyen el delito de estafa.

Marsilly.—¡Ay, Dios mio! Todo eso depende de que no queréis remontaros á los principios. Hace diez y siete años, como veis, que trabajo dia y noche en la formacion de un Código completo. Pues bien, ved, ved por ejemplo á Inglaterra, el país mejor regido, el mas comerciante, el mas exacto, el mas matemático: *en él no se conoce la estafa*. Cuando un comerciante va á quejarse de haber entregado sus mer-

cancias á cambio de malos valores se le dice: «Tanto peor para vos; debiais haber tomado vuestras precauciones.»

Después de varios incidentes cómicos provocados por Marsilly, y después de haberse oido á los testigos, una caterva de bribones, el *señor Presidente* concedió la palabra al *abogado señor Julio Favre*, defensor de Riffaneau, y concluido que hubo su discurso, habló Marsilly en defensa propia, concluyendo por decir que era completamente inocente, y que el jurado, institucion que él admiraba, no condenaría á un hombre dispuesto á derramar su sangre por su patria.

Marsilly y Riffaneau fueron condenados á cinco años de prision, agravados respecto á Marsilly con otros cinco de vigilancia. El 4 de Setiembre fué desechada su apelacion.

Todavía tuvo que comparecer otra vez Marsilly, el 3 de Junio de 1841, ante el tribunal de Assises del Seine, para responder de dos letras falsas no comprendidas en la anterior causa. Pero esta vez fué más afortunado, pues gracias al abate Yhory, su antiguo preceptor, vicario general entonces de la diócesis de Poitiers, se libró de otra condena. Ya había sido bastante castigado.